

¿Filosofía para qué y para quién sirve la filosofía hoy?

Gracias por invitarme a esta conferencia internacional con gente de tantos países del mundo, yo soy académico e investigador de la Universidad Nacional, concretamente de la División de Educología y trabajo con el proyecto Alfabetización crítica y el de Redes epistemológicas del sur, es desde allí que voy a decir algo sobre las dos preguntas que me dieron para realizar este intercambio de ideas.

Inicio diciendo que la Filosofía es un saber muy especial en su conformación, es indefinible, no hay acuerdo en su método ni en sus contenidos y es poco útil en sentido instrumental, al menos así lo ve Horkheimer en su corto ensayo denominado "La función social de la filosofía" (1940), para este autor la filosofía no es ni debe ser práctica o instrumental, pues "el impulso de la filosofía se dirige contra la mera tradición y la resignación en las cuestiones decisivas de la existencia" (p. 276), la filosofía busca desestructurar, cuestionar, poner en entre dicho, deshacer, problematizar todo aquello dado por sentado como la verdad. Este autor al igual que Benjamín consideran que la filosofía no es un manual de respuestas instrumentales, alentadoras o positivas a la gente, sino un centro de conformación de preguntas, de dudas y de confrontación de respuestas, es decir, más que positiva, la filosofía es ante todo negativa, problemática y perturbadora, por ejemplo, actualmente cuestiona el accionar mecánico e instrumental del ser humano abocado a la consecución de la riqueza, la fama y el poder.

Esa entrega sin más al tecnicismo por parte de la humanidad al menos es evidente para Horkheimer, quien afirma que los humanos

pese al avance de la ciencia y la técnica, empobrecen mental, emocional y espiritualmente. Ciencia y técnica son solo parte de una totalidad social y, es muy posible que, a pesar de los avances de aquellas, otros factores, hasta la totalidad misma involucionen, que [...] decaigan cada vez más y se vuelvan desdichados... (p. 278).

La filosofía no desprecia a las ciencias ni a las tecnologías que ésta produce, las considera en su lugar como proceso de crecimiento humano, pero no acepta su hacer por hacer o la internalización de su tecnicismo, para evitarlo llama a la reflexión y revisión ética, estética y política de sus creaciones o de sus efectos posibles.

Así las cosas, lo útil no es necesariamente lo importante, o como dice Hinkelamert lo útil no es indispensable, al contrario, en el mundo de la utilidad lo indispensable es inútil. El individualismo de lo útil vacía la importancia que pueda tener la totalidad, el acercamiento a una realidad compleja y diversa como señala Hanna Arendt. La utilidad está llena de peligros propios de la razón instrumental e individualista, sesgada y fragmentada, no ve más allá de los beneficios inmediatos y no abarca la reflexión sobre sus consecuencias. La filosofía en su proceder reflexivo cuestiona por qué se hace tal o cual cosa, para qué, para quiénes, quiénes se benefician, quiénes quedan excluidos, cuáles son sus posibles secuelas, porqué se hace de esa forma y no de otra, entre otro sin número de preguntas y problemas no prefabricados o empaquetados con teorías y respuestas prefijadas. De modo que lo fundamental para la filosofía es el problema, como apunta Silvia Duschatzky tener problemas es estar en una actitud de vigilia, de encuentro y de abierta indagación.

Al contrario de lo dicho, en la actualidad se suele acudir a la filosofía para que conteste falsos dilemas y problemas, para que responda retóricamente avalando lo establecido, se le hacen preguntas empaquetadas con respuestas incluidas. La filosofía como negatividad rechaza ese proceder y exige su lugar, de allí que Benjamín en un ensayo corto denominado “El carácter destructivo de la filosofía” sostiene que el carácter negativo de la filosofía debe ser destructivo, esto es, cuestionador, problematizador o incómodo, por eso afirma que el “carácter destructivo sólo conoce una consigna: hacer sitio; sólo una actividad: despejar” (1931).

La actitud filosófica especulativa desde la negatividad lleva a un proceder inconformista, insatisfecho y para nada resignado, por ende, la crítica no es un malestar nihilista y escéptico sin más, sino un actuar o un invitar a la acción desde la reflexión. Eso implica ir más allá de las buenas intenciones, por ejemplo, una persona con espíritu filosófico podría revisar las nuevas medidas sanitarias, económicas, sociales y culturales en su país producto de la Pandemia del Sars Cov 2 (Covid 19) y descubrir a quiénes benefician, si sus fines son para el bienestar social o para un grupo en particular en detrimento de los más desfavorecidos y de la clase media, si su aplicación, por más buenas intenciones o nobles discursos, esconden intenciones nada claras, controversiales o disfrazadas intencionalmente..., para ello, la persona se hará preguntas sin cesar y el texto lo puede conducir a nuevas y más grandes preguntas lo que le debe llevar a investigar, profundizar y, por qué no, actuar, ya no mecánicamente ni por adoctrinamiento, sino haciendo campo o yendo más allá de lo útil, lo inmediato y lo evidente.

Filosofar no es nada fácil y sí muy incómodo e impopular, cuestiona y destruye todo lo que nos constituye, se entrega a algo impráctico, es desconsolador y sin filtros para decir “verdades incómodas”. La filosofía no sigue a la ciencia como un manual de últimas verdades (la verdad de los expertos), desconfía de sus motivaciones, metodologías y de sus mecenas, por ello, paso seguido analiza y reflexiona sus postulados, procesos y prescripciones en un contexto de revisión profunda y comparativo.

Ahora bien, nuestros sistemas educativos actuales en general, al menos en Costa Rica, optan por el mecanicismo, la estandarización y hasta por el adoctrinamiento, en general apuestan por el manejo de algunos conocimientos, competencias y habilidades “necesarias” para la producción en el mercado. Esto es, se propicia una educación útil, práctica o antifilosófica, la que produce efectos no dimensionados e inmediatos en las personas y en la naturaleza. A la filosofía o a la actitud filosófica no se le invita a ser parte de esas instituciones, pues su papel de negatividad puede afectar el “buen” funcionamiento de éstas, de forma tal que la pregunta como algo que compromete -a modo de promesa con uno mismo- queda alejada del existir adentro y a fuera de la institución educativa. Como señala el filósofo Omar Ureña, “La reticencia hacia la filosofía por su aparente improductividad en términos de acumulación de capital la convierte en un espejo cubierto por el polvo, de una humanidad que niega la interlocución de sí misma, por su mismo reflejo” (2020).

El problema no es menor, a la filosofía no se le espera en la escuela, y cuando llega por medio del currículo, su estrada es disminuida en la medida de lo posible, en el caso de Costa Rica solo se imparte en el último grado de secundaria, se le reduce a la posibilidad retórica de crear pensamiento crítico y de reproducir conocimientos clásicos, patriarcales, eurocéntricos y eruditos de filósofos lejanos y desconocidos; en general, se le reduce a una asignatura de trámite o

cosmética que solo justifica el aparente humanismo del sistema educativo. Se le anuncia como un huracán, pero se le da el lugar de una ventisca, su entrada degradada no funciona a lo sumo funciona para limpiar el espejo empolvado que distorsiona nuestro reflejo. No es que la filosofía de la tradición clásica europea no aporte para la reflexión, sino que esa experiencia se debe contextualizar, actualizar y enriquecer con los aportes de otras culturas y saberes filosóficos como el de los pueblos originarios de Nuestra América o Abya Yala.

La filosofía en la escuela puede nutrir a la pedagogía y la pedagogía puede ser un canal idóneo para enseñar filosofía para aprender a filosofar, en ese entrecruzamiento se puede reflexionar sobre problemas actuales de la pedagogía entregada al tecnicismo, mirando a la tecnología como a una especie de divinidad, donde la ciencia se transforma en un totalitarismo tecnológico sin precedentes, uno que mecaniza, automatiza o robotiza al ser humano, de modo que hay quienes se preguntan si ¿hace falta el docente para enseñar y aprender? Los tecnócratas digitales o tecnólogos deterministas creen que sin duda no hace falta, todos podemos aprender por sí mismos dirigidos por la inteligencia artificial. Los pedagogos con espíritu filosófico, al contrario, desconfían de esa máxima, creen que atrás se esconde el utilitarismo de marcado de corte neoliberal, por ello, no se entregan a tal creencia economicista instalada en la pedagogía instrumentalista del conectivismo “neo/neo/conductista”, que no es otra cosa más allá de un discurso de competencias, habilidades y destrezas “naturalizado” por el cientificismo de las neuroeducación y otras pócimas que necesitan las empresas para seguir produciendo sin tomar en cuenta la precarización de relaciones humanas, la instalación de una dictadura de la imagen, la precariedad laboral, la destrucción de la naturaleza, entre otras consecuencias poco dimensionadas.

Las pedagogías comprometidas con el bienestar social y la naturaleza, en consecuencia, establecen parámetros no solo instrumentales, sino, sobre todo, espirituales, como lo son las dimensiones propias de la pedagogía, a saber, la epistemología, la ética, la estética y la política y desde ellas acuerpar y desarrollar sus áreas como lo son el currículo, las políticas educativas, la planificación, la gestión, la didáctica y la evaluación. Aquí, el o la docente son necesarios para desarrollar sus dimensiones y aplicar sus áreas integralmente, ningún robot podrá amar, apreciar, escuchar, comprender, ponerse en el lugar de, comprometerse, construir juntos, desarrollar alteridad, interculturalidad y otras tantas características de la docencia o la pedagogía que se reinventa cada vez que reflexiona sobre su práctica.

En ese contexto la pregunta filosófica es urgente en tiempos aciagos o inciertos, y esas preguntas no son monopolio de nadie, como señala Ureña (2020),

Quienes hacen filosofía, inscritos en la lógica del capital, privatizan la pregunta. Venden aquel enfoque de que la labor socializadora de las interrogantes, las respuestas y su complejización, es una labor contaminante, impura. Lo anterior tiene puerto en un repudio por lo pedagógico y un resentimiento, que genera la falsa paradoja que denunciamos, por considerar el diálogo soso, privilegiar el solipsismo y vender un aura en la que lo útil en filosofía es parecer lo menos incorruptido por el paso del tiempo frente a las grandes preguntas

Enseñar filosofía nos lleva a seguir el espíritu socrático de la pregunta pública o abierta, la pregunta en el Ágora, y no como está sucediendo con la privatización de las preguntas, donde ya

no las puede hacer el estudiante, el pueblo o el campesino, sino que están delimitadas en el libro de texto e incluso en el programa que reduce la acción educativa a cortar y pegar columnas. Así las respuestas vienen dadas a preguntas ajenas y lejanas, cada vez más las preguntas responden a un público especializado, a un problema presentado como incomprensible para todos y todas por más cotidiano que sea, dejando un filón exclusivo para el experto que valida el elitismo científico y filosófico. Se destruye así el principio socrático de la humildad para aprender, la idea de que quien no sabe es quien puede aprender profundamente puesto que su disposición es mayor. El profesor de filosofía de secundaria debe romper con lo establecido en el currículo, ha de ser capaz de desarrollar las dimensiones de la pedagogía abriendo campo, despejando, destruyendo, para llevar al estudiantado a construir sus propias preguntas sobre la realidad que le acontece y desde un reflexionar profundo buscar caminos posibles y distintos para la acción transformadora hacia la construcción de una sociedad más justa, equitativa, sin discriminaciones sociales y, ante todo, amorosa.

Con referencia a lo anterior, en otro lugar ya había dicho que la “La filosofía es una disciplina que se aprende mediante la acción de filosofar y solo se aprenden asuntos filosóficos cuando se hace filosofía sobre ellos” (p. Gómez, 2011, 124). Es decir, filosofar es una acción reflexiva sobre la realidad filosófica que debería ser común en todo espacio educativo, en especial en la formación inicial de las personas, pero como se dijo es poco común o casi ausente, apostándose por la especialización de las consideradas materias básicas. Tanto es así, que, en Costa Rica, muchos docentes, padres de familia y estudiantes siguiendo criterios utilitarios ven a las asignaturas denominadas como especiales del currículo de secundaria (Educación física, Artes plásticas, música, otras) como menores, insignificantes o de poca importancia. Al igual que la filosofía se suele asegurar que son una pérdida de tiempo, que no aportan nada y que atrasan al estudiante en la obtención de su título. Basta decir, que esa socialización utilitaria de las asignaturas parece naturalizadas o internalizadas en la población en general, que en el decir de Jurjo Torres (2017) ya han construido personalidades neoliberales, de modo que, lo indispensable es inútil o una involución que nos llevará a la repetición de la barbarie o la desdicha como señalaba Horkheimer.

Como apunta Enrique Dussel, no se debe responsabilizar a las víctimas de tal instrumentalismo, el sistema educativo formal está pensado, organizado y acomodado para reproducir ese orden y desde allí establecer lo que es “verdadero”, y de modo único, importante. Esa jerarquía de la realidad social está organizada desde la maximización de la riqueza, lo inmediato y lo individual, donde el éxito y la competitividad tienen un sobre precio, las asignaturas que no lo promuevan están condenadas a la impopularidad, por eso las asignaturas especiales juegan un papel marginal, aunque revestido de humanismo en el nivel discursivo de burócratas y políticos. En palabras de Mauricio D’Antoni, no se puede esperar menos de un sistema educativo que idiotiza.

La filosofía en los colegios no solo se reduce a un año lectivo, sino que en la práctica no llega ni a seis meses de clases, pues las reuniones de personal, las entregas de notas, los talleres, las clases extras, la semana de orientación, la semana cívica y demás actividades extracurriculares se organizan en tiempo de materias especiales, sobre todo, se toma la clase de filosofía para ello. Como si fuera poco, un gran número de profesores/as de esta asignatura no son de filosofía sino de religión o psicología, entre otras, y quienes vienen de la filosofía no necesariamente cuentan con las herramientas pedagógicas para estimular el pensamiento crítico, la problematización, el abordaje creativo, lúdico, emocionante, la originalidad, el debate, el encuentro, el intercambio de

ideas, la lectura comprensiva y la necesidad de cuestionar la realidad. La clase de filosofía debería ser un espacio reflexivo, de investigación sobre nuestras preguntas, un lugar para el azar, para el encuentro colectivo que atraviesa subjetividades, un intercambio de preguntas entre el profesorado, quienes han profundizado en el mundo de la filosofía, y del estudiantado que según el devenir didáctico podrían realizar preguntas novedosas y significativas. Pues, la filosofía como asunto riguroso del pensamiento humano no implica el aburrimiento, la descontextualización, el irrespeto, los verticalismos, el academicismo ni la imposición de criterios y verdades absolutas.

En suma, la filosofía en la secundaria costarricense, y en general, ha caído en la trampa utilitaria de justificar su quehacer como un bien práctico o instrumental y ha dejado su verdadera razón de ser, la negatividad, la problematización de la realidad, la autocrítica, el desarrollo crítico a través de la pregunta, el cuestionamiento de lo establecido, la lectura y escritura comprensiva de la realidad, el posicionamiento lógico para evidenciar contradicciones y falacias en las jerarquías establecidas del saber y el poder, entre otras razones y tareas nada útiles para el mercado, pero sí fundamentales para el desarrollo de un ser humano integral, pleno y en armonía con la naturaleza.

Muchas gracias, ahora podemos entrar en un proceso de diálogo mediante las preguntas y comentarios de ustedes, gracias por invitarme a este gran acto en el día internacional de la Filosofía.